

Perfiles del movimiento social contemporáneo El conflicto social y político en Bolivia

Las jornadas de septiembre-octubre de 2003

Raúl Prada Alcoreza*

* *Doctor en Epistemología.
Director del Círculo
Epistemológico,
Universidad Real Pontificia
San Francisco Xavier
de Chuquisaca,
Bolivia.*

Las jornadas de septiembre-octubre en Bolivia, concentradas en el Altiplano norte y en dos ciudades colindantes, El Alto y la Ciudad de la Paz, aparecen como el resultado de un proceso de acumulación de los movimientos sociales desatados en abril de 2000, y continúan sus cursos propios durante cuatro años (2000-2003). Las significaciones histórico-políticas las podemos encontrar desde dos ángulos diferentes. La significación histórica puede ser evaluada por la relación que tienen estas jornadas con el pasado, la actualización de antiguas luchas, la reivindicación de las víctimas arrojadas al tiempo y sepultadas en el olvido, la densidad que adquiere la memoria en el momento presente. La significación política se puede evaluar por la repercusión que tienen estas jornadas en las estructuras de poder, en los dispositivos y agenciamientos políticos del Estado. El problema de las jornadas de septiembre-octubre, que desafía a su comprensión y conocimiento, se encuentra relacionado con el contenido de sus potencialidades y posibili-

dades, así como con el alcance de sus desenlaces. Estas posibilidades y sus latentes desenlaces, ¿forman parte de un proceso de ruptura con el Estado? ¿Forman parte de la constitución nacional, o de modo diferente anuncian el quiebre de la nación, su diseminación? ¿Constituyen la configuración de una nueva geografía política, compuesta por autonomías? ¿Forman parte de la revolución social, revolución que apunta al trastocamiento profundo del Estado, la nación y la sociedad?

Una descripción

Se llegó a septiembre de 2003 con conflictos sociales sin solución. Los pliegos que se vinieron planteando desde la Guerra del Agua, en abril de 2000, hasta el inicio de las jornadas de septiembre de 2003, con los sucesos de Warisata, Sorata e Ilabaya, quedaron en las rondas de negociaciones y en las mesas de diálogo. Lo que se logró arrancar al gobierno de entonces con la Guerra del Agua, que consiste en la salida de la transnacional del agua, "Aguas del Tunari", en la anulación del proyecto de privatización del elemento vital, en la evitación del súbito incremento de las tarifas del agua, quedó a mitad de camino en la medida que la Coordinadora del Agua no logró convertirse en una empresa autogestionaria. Terminó administrando modestamente la antigua dependencia estatal, Servicio Municipal de Agua Potable (SEMAPA), institución restringida en proyectos y recursos para atender las necesidades del campo y de la ciudad en cuanto al líquido elemento. El añorado proyecto de Misicuni, que atendería en tres etapas la demanda del agua del departamento de Cochabamba, no acaba de materializar ni siquiera su primera etapa. En cierto sentido se puede notar una latente frustración al respecto. El gran esfuerzo social llevado a cabo en la Guerra del Agua no cristalizó todavía en una autodeterminación y en una autogestión social.

Han transcurrido cuatro años desde la Guerra del Agua hasta la Guerra del Gas. El epicentro del conflicto se ha trasladado de la ciudad del Valle, Cochabamba, a las ciudades de El Alto y de La Paz, siendo la primera el motor del conflicto desatado en octubre y la segunda el escenario donde se dirime la correlación de fuerzas del campo político. En el transcurso de este intervalo se sucedieron dos asonadas sociales en tres de las cuatro grandes urbes del llamado eje central, Cochabamba, El Alto y La Paz. La ciudad de Santa Cruz no quedó al margen del conflicto social. Fue lugar de resonancia de las luchas sociales desatadas en el occidente boliviano. Obviamente no estuvo al margen de los conflictos locales. Estos se dieron en el tamaño de su localismo, como el repetido conflicto relativo a la demanda salarial de los maestros, a la demanda de presupuesto de la universidad pública, a distintos reclamos sectoriales, y recientemente, como consecuencia de las jornadas de octubre, se dio lugar el intrépido ingreso de la marcha campesina al centro de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Sin embargo, esta populosa urbe toda-

vía no ha producido un perfil propio, no ha logrado una participación propia en las definiciones del conflicto social. En otras palabras, no ha conseguido expresar nacionalmente lo que le acontece localmente. No ha podido traspasar los límites de su localismo, convirtiendo sus singularidades en desplazamientos transformadores en el contexto nacional. En todo caso, la Guerra del Gas ha comprometido a todos los sectores sociales involucrados en los movimientos sociales desde el 2000; ha logrado unificar al movimiento social que se hallaba diseminado en sus distintos componentes regionales. La consigna de la defensa del gas resultó ser no sólo una consigna unificadora, sino también una consigna nacional. Una consigna que sintetiza varios planos de las luchas sociales. Uno de los planos tiene que ver con la resistencia a la globalización privatizadora, a la ejecución de las políticas neoliberales, a la rebelión social contra el ajuste estructural y las consecuencias agravantes de las reformas estructurales. Otro plano tiene que ver con la recuperación de la soberanía nacional frente a la supeditación nacional al nuevo orden mundial. Un tercer plano tiene que ver con la recuperación de los recursos naturales y la lucha por el excedente. Un cuarto plano viene dibujado por la lucha de clases. Fue el movimiento popular el que reivindicó, desde las profundidades de su propia memoria, el gas para los bolivianos, para los trabajadores, para los desocupados, para las familias humildes. En esta perspectiva se plantea un enfoque de distribución social del recurso energético. Un quinto plano, y quizás un primordial eje articulador histórico, condicionante de los otros planos, atravesados por éste, es el relativo a las reivindicaciones indígenas, entendidas como reivindicaciones culturales, nacionales y étnicas. Todos estos planos se entrelazaron en la Guerra del Gas. La consigna de la defensa del gas resumió las demandas desplegadas en todos los planos, despliegues que anidan sus propias particularidades, sus específicas lógicas de desenvolvimiento. No sólo se trata de una consigna nacional, sino de una consigna que replantea popularmente la concepción de nación. Quizás sea ésta la razón por la que la defensa del gas estaba casada con la consigna popular de la Asamblea Constituyente.

Entre la Guerra del Agua y la Guerra del Gas se suscitaron conflictos de importancia en el campo, en el área rural. El bloqueo nacional campesino de caminos, en septiembre de 2000, que aisló a las cuatro ciudades del eje central, además de tener comprometidas a otras ciudades capitales departamentales, como Oruro, Potosí y Chuquisaca. El bloqueo parcial de caminos en el Altiplano norte, en julio de 2001, que mostró el carácter fragmentario de los movimientos sociales, los límites y debilidades locales. En el mismo momento se deslizó la marcha diezmada de la COMUNAL¹, que hizo patente las dificultades de extender nacionalmente una experiencia como la Coordinadora del Agua de Cochabamba. La marcha indígena de tierras altas y de tierras bajas por la Asamblea Constituyente, un poco antes de las elecciones nacionales, expresó otra perspectiva del movimiento indígena, no sindicalista, más bien comunitarista, organizada en torno a las autoridades originarias. Aunque con menos densidad demográfica que las convocatorias

de la Confederación Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), sin embargo, hizo sentir su interés particular en la Asamblea Constituyente para resolver el heredado problema colonial y la demanda indígena de territorio. La constante conflictividad social, política y policial en la región del Chapare, combinando esporádicos con férreos bloqueos carreteros dependiendo de la situación. Las sucesivas marchas de los maestros. La toma de la superintendencia de bancos por parte de los prestatarios, después de haberse agobiado en sus penosas, largas y rutinarias marchas, en incansables reclamos, en renovadas e inventivas formas de interpelación, incluyendo su protesta al desnudo ante el impávido ciudadano paceño. La dramática marcha de los jubilados y rentistas. Después de febrero de 2003, el bloqueo de caminos de los cooperativistas mineros, quienes recordaban el fantasma del comunismo minero. No podemos olvidarnos de la renovada toma de tierras del Movimiento de los Sin Tierra (MST), movimiento que viene convirtiendo últimamente a la cuestión de tierras, propiedad y posesión de tierra y territorio en el tema social más conflictivo. Estos conflictos sociales no se encuentran articulados ni se desarrollan en un continuo espacio-temporal. La mayoría de ellos son expresiones locales, sin mayor irradiación que sus propios territorios si descartamos la irradiación informativa y los reportajes ocasionales. Se diferencian no solamente por el lugar en que se dan, ni por las estructuras que ejecutan sus desplazamientos, sino también por las variaciones de sus intensidades. Paradójicamente, su fuerza y su debilidad radican en este ámbito de singularidades. Considerando este contexto, la pregunta que debemos hacer es: ¿de qué modo se acumula la memoria del movimiento social?

Antes de responder debemos recapitular un antecedente importante de los sucesos de septiembre-octubre, el motín policial y el subsiguiente desencadenamiento social, en febrero de 2003, con la toma y quema de edificios públicos, sedes de partidos y saqueo de centros comerciales, además de los depósitos de la Aduana. Quizás es en febrero cuando se da lugar al comienzo de la transformación de los comportamientos en lo que respecta al relacionamiento entre bases y dirigentes del movimiento social. Una relación heredada, todavía vertical, entre dirección y bases, se rompe y comienza a ser sustituida por la emergencia de la espontaneidad de las masas, por su irrupción sin consulta, por su elocuencia diseminada, pero con alto contenido afectivo, con intempestivos y fugaces tonos de intensidad. Es posible que esto tenga que ver con una suerte de acumulación de la experiencia social que se traduce en la modificación de los usos organizacionales. También es probable que esta emergencia se deba a la crisis que sobrelleva la conducción del movimiento social. El desarrollo del movimiento social cuestiona el monopolio de la representación política por parte de los partidos. Así mismo, siguiendo el curso de este requerimiento, se hace también evidente el monopolio y la centralización de la representación social por parte de la dirigencia sindical. Las prácticas y gestiones comunitarias exigen adecuar las expresiones representativas al control social de las asambleas. La emergencia de las bases es una verdadera revolución en el trámite, ya

***“Las jornadas de
septiembre-octubre
mostraron
un nuevo perfil
del movimiento
social
[...] templado
por la experiencia
de la lucha,
maduro para gestar
decisiones
desde abajo,
sometido
al irradiante
control social.
Un movimiento
social que comienza
a elaborar
su nueva
criatura...”***

conservador, de la elaboración de la representación social. Las direcciones y los dirigentes que motivaron el estallido de los conflictos recientes (2000-2003) terminaron convirtiéndose en estructuras inhibitoras de las iniciativas sociales, incluso altamente conservadoras comparándolas con los objetivos implícitos que persiguen los procesos de liberalización de los movimientos sociales. Febrero de 2000 hizo patente la crisis estatal. Los aparatos del Estado se desmoronaron, entrando al agenciamiento de una guerra intestina, Estado contra Estado, aparatos de Estado contra aparatos de Estado, policía contra ejército. Las posibilidades del gobierno se desmoronaron, y con ello la legalidad del Estado quedó hecha trizas. El presidente desapareció de la escena, y también su gabinete. Se hizo reiterativa la evaporación del congreso en plena beligerancia del conflicto social. La suerte quedó echada en manos de los directos actores y protagonistas del drama social. La muerte también se hizo presente, dejando su huella en los cuerpos martirizados, abiertos morbosamente por la metralla. Reapareció el nuevo verdugo de la represión, que había mostrado su cara oculta ya en la Guerra del Agua, sólo que ahora era un recurso abiertamente usado: los francotiradores. De febrero a octubre se va a dar lugar a la consecuencia de esta discontinuidad del relacionamiento entre bases y dirección, va emerger la forma organizada de la multitud. Se va a dar lugar a una grandiosa movilización social, construida inductivamente por proliferantes asambleas de base, múltiples direcciones territoriales que extienden rápidamente sus redes, articulando un gran movimiento autogestionario. Las jornadas de septiembre-octubre mostraron un nuevo perfil del movimiento social. Hablamos de un movimiento social templado por la experiencia de la lucha, maduro para gestar decisiones desde abajo, sometido al irradiante control social. Un movimiento social que comienza a elaborar su nueva criatura, el desarrollo del intelecto general autónomo, politizado. Hablamos de la subversión de los saberes, de su independencia respecto de los saberes institucionalizados, de su manumisión respecto de la dominancia de los medios de comunicación, de su inco-



Archivo OSAL

nexión respecto de la jerarquía del prestigio de la intelectualidad crítica. Este es un tema que sopesa las potencialidades del movimiento social.

Las transformaciones organizacionales no sólo se dieron en las ciudades, sino también en el campo, en el área rural. Esta modificación en la forma de gestión social se hizo sentir en el

Altiplano norte. Warisata, Sorata e Ilabaya fueron los escenarios comunales de los dramáticos acontecimientos de septiembre, pero también de la emergencia de las relaciones horizontales en las gestiones de la representación social y la toma de decisiones. Fueron tres las convocatorias a bloqueos de caminos por parte de la CSUTCB. Los comunarios sólo acudieron a la tercera, gestada por *malkus* y *mamatallas*, secretarios generales y esposas, es decir, elaborada por las bases sindicales y comunitarias. *Malkus* y *mamatallas*, secretarios generales y esposas acudieron a una huelga de hambre en la Radio San Gabriel de la ciudad del Alto. Desde allí, micrófono en mano, mantuvieron un contacto estrecho con sus comunidades. El bloqueo inmovilizó el transporte y detuvo a contingentes de turistas, particularmente en Sorata, donde se encontraba un conglomerado significativo de turistas extranjeros. El gobierno, presionado por las embajadas, decidió acudir con una expedición de rescate de fuerzas combinadas de la policía y el ejército. La expedición punitiva dejó un saldo de seis muertos. Este fue el costo del rescate de los sorprendidos turistas, atrapados en el vórtice del conflicto, anclados en su circunstancial retención. Fueron la excusa de la violencia estatal desatada contra los campesinos. La masacre de campesinos desató una ola de protestas y la expansión irreversible de los bloqueos. Fue el aguijón que desencadenó la fuerza acumulada en la más populosa urbe del país, fuerza acumulada en una larga historia de luchas en la ciudad de El Alto. La confraternidad entre la ciudad del Alto y las comunidades campesinas no es un dato reciente. La ciudad de El Alto está conformada demográficamente, mayoritariamente, por aymaras, migrantes en distintos niveles generacionales. Aunque la mayoría de la población urbana ha nacido en la dinámica urbe, la memoria migratoria es fresca. Sin embargo, no siempre las relaciones entre esta ciudad y el campo han sido armónicas, están atravesadas también por contradicciones derivadas de los procesos urbanos, aunque ciertamente endémicos en una ciudad olvidada, empero suficientemente diferenciadores como para demarcar nuevas identidades colectivas. Los aymara urbanos no

son ya campesinos a pesar de sus viajes itinerantes, de sus retornos a las festividades comunales, a pesar de que conlleven en sus costumbres ciertos aires rurales, aunque siembren en sus patios y domestiquen animales. El contexto urbano condiciona una transformación de las relaciones, las estructuras y las praxis sociales. El lenguaje no es suficiente para mantener la continuidad. Los usos del lenguaje también se modifican, su hibridación es más rápida, la mestización de la población urbana se hace más pronunciada. La movilidad social, el desclasamiento y el reencasamiento se hacen patentes. Estos procesos, lejos de empobrecer el desarrollo y la actualización de las identidades, las enriquecen en su exuberante variedad y en su abigarrada complejidad. Las jornadas de septiembre-octubre no fueron únicamente la continuidad de los desplazamientos del movimiento indígena, sino que los indígenas se incorporaron a luchas y movimientos sociales de alcance nacional, irradiaron en estos movimientos con sus propios contenidos y perfiles, pero también vivieron transformaciones que implican estas expansiones. No se puede reducir lo acontecido en la ciudad de El Alto a las circunstancias y al contorno de las reivindicaciones indígenas. Va más allá, incorporando lo indígena como eje articulador a un amplio movimiento social y a una lucha de liberación nacional, más rica en sus connotaciones, más profunda en su memoria histórica, más expansiva en sus alcances políticos, abierta a los distintos atravesamientos e influencias del movimiento social y las luchas nacionales.

El Alto es la ciudad que contiene a la nación

Cuando René Zavaleta Mercado usa esta figura de continente, se refiere al proletariado minero. El tropo es el siguiente: el proletariado minero, la clase que contiene a la nación. El proletariado minero sería el continente, el contenido sería la nación misma con toda su complejidad, la formación social abigarrada. ¿Qué significa esta relación entre continente y contenido? ¿Cómo puede la nación ser contenida en una clase social, más aún siendo ésta el proletariado minero? ¿Es que el proletariado contiene a la nación en su memoria? ¿O se trata más bien de la experiencia que tiene la clase? En sentido dialéctico se podría decir que el proletariado es la síntesis de la nación, en tanto formación social compleja condicionada por el modo de producción capitalista. El proletariado minero sintetiza la historia del capitalismo en Bolivia, la explotación minera articulada a las otras formas de explotación, no sólo la de los trabajadores mineros, ex-mitayos, indígenas, mestizos, fuerza de trabajo conformada por la separación de estos campesinos, estos artesanos, estos seres humanos de las relaciones de producción no capitalistas. La explotación minera se encuentra articulada a las formas de explotación rurales, haciendas, empresas, circuitos mercantiles simples, a diversas formas de subsunción formal del trabajo al capital. La explotación minera se encuentra articulada a las pervivientes formas de explotación coloniales. Por lo tanto, el proletariado minero resume en su cuerpo

social, en su memoria colectiva, en su experiencia de lucha, en su intelecto general, las múltiples memorias, las múltiples experiencias, los múltiples saberes. Hace de síntesis de todos estos recorridos, de todas estas formas históricas atravesadas por las relaciones capitalistas. Hace también de centralidad política en tanto y en cuanto se convierte en el motor de las luchas sociales. Hay un entorno del proletariado minero directamente afectado por sus costumbres sindicales. Se trata del entorno inmediato a la clase, es decir, el conjunto de la población allegada al proletariado, el agregado de los familiares. Hay también otros entornos indirectamente afectados por la centralidad minera. Esos entornos tienen que ver con las otras clases sociales populares.

Ahora bien, cuando se usa esta figura de continente para el caso de la ciudad del Alto, las connotaciones no tienen que ser necesariamente las mismas a pesar de las analogías. Cuando se dice que El Alto es la ciudad que contiene a la nación, se hace referencia a una ciudad y no a una clase, a pesar de que El Alto puede acercarse a ser una ciudad proletaria. En este caso está más claro que una ciudad es más literalmente un continente: contiene a la urbe que contiene a la población de ciudadanos que habitan en ella. A la ciudad acuden distintos flujos migratorios de toda la nación. En el caso de El Alto, particularmente del Altiplano. Si bien éste puede ser uno de los significados de la ciudad que contiene a la nación, no es ciertamente el único ni tampoco el más importante. Cuando se dice "contiene a la nación", se lo hace en el sentido fuerte del tropo, en el sentido histórico y político. Es como decir que la historia de Bolivia se condensa en esta ciudad, la demanda política de los movimientos sociales se condensa en esta ciudad. El conjunto de los movimientos sociales desatados desde abril de 2000 hasta octubre de 2003 de alguna manera confluyen y son recogidos por las organizaciones sociales de esta populosa ciudad en un momento de desprendimiento y de vivencias intensas. Ello ocurre cuando la ciudad de El Alto apuesta a su gasto heroico, cuando se sacrifica y entrega sus muertos a los

"... la historia de Bolivia se condensa en El Alto [...] El conjunto de los movimientos sociales desatados desde abril de 2000 hasta octubre de 2003 confluyen y son recogidos por las organizaciones sociales de esta populosa ciudad en un momento de desprendimiento y de vivencias intensas"

dioses de la historia en la Guerra del Agua. Entonces se puede decir que El Alto contiene a la nación de modo sacrificial, pero también de una forma volitiva: además de hacer causa de una demanda nacional, la recuperación de los hidrocarburos, la recuperación de los recursos naturales, la recuperación de la soberanía, lo hace como memoria histórica y conciencia trágica.

René Zavaleta Mercado dice que en noviembre de 1979 se rompe definitivamente con el pacto militar campesino y las masas se liberan de la ideología del nacionalismo revolucionario. Los sindicatos campesinos *kataristas* rompieron con la Confederación de Campesinos de Bolivia oficialista y tomaron las oficinas de la Confederación que se encontraban en el Ministerio de Asuntos Campesinos (MACA) como para certificar patentemente su vínculo clientelista con el gobierno. La incorporación de la Confederación Única de Campesinos Tupac Katari de Bolivia a la Central Obrera Boliviana dibuja un nuevo mapa de fuerzas en un modificado campo político. La nueva disponibilidad social, obreros y campesinos, define el perfil de la multitud, la que termina atravesando los límites del nacionalismo revolucionario, dejando este *ideologuema* en la penuria de sus propias incompatibilidades. Sin embargo, esta ruptura institucional del pacto militar campesino fue producto de una acumulación y de una ruptura efectiva anterior. El vínculo clientelista del pacto se rompió efectivamente en 1974, cuando la dictadura militar del General Banzer Suárez respondió a la demanda campesina con la masacre del valle. La masacre del valle mostró la auténtica cara del pacto militar campesino; la represión quebró con el pacto prebendal entre militares y campesinos. El gobierno de facto mandó tropas y tanques a Episana, Tolata y otras comunidades del valle. El epicentro de la rebelión campesina fue el valle de Cochabamba, pero en la medida que se expandía llegó incluso a propagarse la onda de la protesta hasta el Altiplano. La carretera a Oruro fue bloqueada a la altura de Lahuachaca. Hasta allí también llegó con su brazo de hierro la represión. Persecución y muerte inscribieron un entramado dramático en la memoria de estas tierras, por donde pasó el pacto militar campesino, dejando su huella sangrienta en el recorrido. Lo que vino después de noviembre de 1979 en lo que respecta a los movimientos sociales, los substratos de los imaginarios colectivos inherentes a estos movimientos, las ideologías concurrentes, las prácticas discursivas y los diseños políticos concomitantes a los movimientos, trascendió el *ideologuema* del nacionalismo revolucionario. Hasta 1982 las masas acompañaron a la Unión Democrática y Popular (UDP), expresión todavía anclada al nacionalismo revolucionario, con desgarradoras contradicciones y grandes dubitaciones, comprensibles en un frente de masas compuesto por distintas fuerzas sociales, diferentes corrientes ideológicas, encontradas latencias políticas, que guardaban para sí dicotómicas expectativas. *Kataristas*, movimientistas de izquierda, marxistas y sindicalistas se agolparon en el frente popular, persiguiendo distintos fines. Se puede decir que el ciclo del nacionalismo revolucionario se cerró en este dramático período que conjugó elecciones truncadas –interregnos democráticos– intercaladas por dictaduras militares, y gobierno turbulento. El ciclo del nacionalismo revo-



lucionario dura menos de medio siglo en el transcurso de la curvatura accidentada del tiempo social que es la memoria colectiva, concavidad irreducible de la historia. Perdura desde la década de los '40, con el recuerdo fresco de la Guerra del Chaco, cuando se comenzó a inscribir en la conciencia social el discurso del nacionalismo revolucionario, pero también el conjunto de creencias que lo acompañan, hasta 1984, cuando se interrumpe abruptamente la gestión del gobierno de Hernán Siles Suazo, obligado a renunciar por un chantajista Congreso de mayoría opositora, afligido por el laberinto económico al que llevó al país la hiperinflación, exigido por las demandas del movimiento obrero que quería ver materializadas sus expectativas en el frente popular.

La derrota popular deja un vacío político que es llenado por las pretensiones exacerbadas del neoliberalismo, discurso con pretensiones técnicas, seducido por los pronósticos apocalípticos del fin de la historia y la muerte de las ideologías, empero circunscrito en la práctica a una labor de cajero esmerado, a una práctica de ortodoxia administrativa. El neoliberalismo ingresa al gobierno en 1985, como se dice vulgarmente, pateando puertas. Su arrogancia desbordaba por los medios ante un perplejo y atónito entramado social, que no terminaba de comprender su propia derrota. Sin embargo, esta petulancia liberal contrasta con su vertiginoso paso por el gobierno: sólo llegó a durar una década y media. Terminó expulsado por la multitud proliferante, que lo había visto ascender estupefacta, y ahora se vengaba de aquella derrota, pero en un escenario político completamente distinto. Las heridas cicatrizaron, la experiencia política de las victorias y las derrotas se terminó convirtiendo en memoria del presente. El 2003 emergió de las profundidades de la geología de la formación social abigarrada de la multitud —de sus formas organizativas, sus prácticas asambleístas—, definiendo no sólo un nuevo mapa político sino también un nuevo espacio de relacionamientos sociales. El control social, la fuerza de las bases, la intelección del intelecto general, la democracia de la multitud, son las figuras puestas en escena.

Falta responder a las preguntas sobre las formas de acumulación de los movimientos sociales desatados en Bolivia en el 2000 y que se extienden hasta octubre del 2003. Este es un tema de análisis más que de descripción. En este sentido es menester su traslado a los enfoques teóricos. Aunque no busquemos por el momento una exposición amplia de la relación entre memoria colectiva y praxis del movimiento social, podemos optar por una exposición sucinta recurriendo a algunas hipótesis que iluminen el problema.

Una hipótesis

Según Paolo Virno (2003), la memoria es recuerdo del presente. De acuerdo a las tesis de Walter Benjamin, el pasado hace valer su pretensión mesiánica en el presente (Löwy, 2002). Es en el presente cuando se actualizan antiguas luchas, en el presente se abre la herida extemporánea para reivindicar a las víctimas del pasado. Ambos enfoques convierten al presente en el lugar privilegiado del acontecimiento, en un caso como el juego entre inactualidad (potencia) y actualidad, en otro caso como momento mesiánico. Retomando estos enfoques, podemos proceder a responder la pregunta sobre la acumulación de fuerzas en el movimiento social, el juego entre memoria y praxis.

El movimiento social es acción (praxis), actualiza su potencia, despliega su potencia, que es un todo no temporal de fuerzas. Al hacerlo temporaliza las fuerzas, las fragmenta, las dispersa en el espacio. El movimiento no realiza toda su potencia, pues ésta es infinita; si lo hiciera, suprimiría su propia potencia. La potencia es pues perduración. La memoria retiene el acto, difiere el acto, invierte el acto y hace como si éste viniera después de la memoria; entonces todo aparece como si la acción recordara algo, pero en realidad se trata de un recuerdo del presente. El movimiento social construye su memoria para interpretar sus propias acciones. La construcción adquiere dos tonalidades, una mesiánica, cuando reivindica a sus víctimas, y otra política, significando las actuales luchas mediante analogías con la utopía.

Los campesinos, mineros, gremialistas, desocupados, estudiantes, vecinos, ciudadanos y distintos sectores involucrados en el movimiento social boliviano del 2000 al 2003, han acumulado sus fuerzas, que es lo mismo que decir que han valorizado su propia experiencia, apoyados en la construcción de una memoria mesiánica (*katarista*) y política (marxista), dando un significado histórico a sus acciones en el momento presente. Son la multitud desbordante, el intelecto general autonomizado, los saberes colectivos sublevados contra la globalización, el capitalismo y el colonialismo. La multitud de múltiples rostros, pero también de múltiples acciones, de múltiples vivencias y de una enorme geografía bullente de localismos intensos. La multitud hace confluir sus múltiples acciones hacia el acontecer del acontecimiento, hacia un presente convergente, que carga

con todo el peso de estas acciones, del conglomerado de voluntades y de fines perseguidos. Potencia y acto dan lugar al momento histórico. La potencia hace de condición de posibilidad del acto y el acto efectúa la potencia. La potencia es el pasado inactual que acompaña constantemente al ahora. Esta concomitancia es entendida como momento histórico. El momento recupera el pasado potencial, también los pasados empíricos, otros *ahora* dados. Su acontecer adquiere significación histórica, por cuanto el presente se sostiene sobre esta densidad. El momento histórico es *bidireccional*, avanza y retrocede. Es como decir: todo avance es retrospectivo, y toda regresión es un devenir. Presente y futuro se asientan en el pasado potencial, pero también en el pasado empírico. El pasado potencial, al ser infinito, no se realiza plenamente. Se realiza fragmentariamente. Su realización incompleta se halla en el pasado empírico; por eso, en el momento histórico se trata de completar lo incompleto, o si se quiere, de realizar la utopía. Se busca rellenar los vacíos. Este relleno es el futuro. Se da pues una predisposición de la multitud a construir un futuro con los recursos que le brinda el pasado, tanto en su sentido potencial como en su sentido empírico. La acumulación de fuerzas, la fuerza de la memoria, no se da sólo por sedimentación de la experiencia sino también debido a la simultaneidad de potencia y acto, pasado potencial y praxis. Llamemos a esto *concomitancia diacrónica*². Un momento histórico rico en intensidades, como el relativo a las jornadas de septiembre-octubre, no solamente contiene una gran disponibilidad de fuerzas, es altamente convocativo, sino que dispone de la *contemporaneidad de lo no contemporáneo*³, dispone de la simultaneidad de acontecimientos pasados, vividos también con gran intensidad, que se hacen presentes como reclamando completarse.

Bibliografía

Löwy, Michael 2002 *Walter Benjamin: Aviso de Incendio* (México: Fondo de Cultura Económica).

Virno, Paolo 2003 *El recuerdo del presente* (Buenos Aires: Paidós).

Notas

1 La COMUNAL fue una propuesta organizacional, basada en la experiencia de la Coordinadora del Agua de Cochabamba. Esta vez se quería una coordinadora de los movimientos de carácter nacional.

2 Revisar en la obra citada de Paolo Virno sobre todo la segunda parte, "Temporalidad de la potencia, potencialidad del tiempo".

3 Esto escribió Ernst Bloch en *Herencia de Nuestro Tiempo*. El escrito de Bloch data de 1935. Hay una edición italiana en Sul Progresso, 1956, y otra reedición en 1990.